

HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1388

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 750 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción, Administración y talleres: S. Lorenzo, 18

LUNES 13 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En primera plana.	1	pesetas línea
En segunda.	00'50	id. id.
En tercera.	00'10	id. id.
En cuarta.	00'05	id. id.

Agresión á "El Diario de Murcia,"

Bárbaro atropello

En la noche del sábado unos cuantos desalmados asaltaron bárbaramente la redacción y dependencias de nuestro estimado colega «El Diario de Murcia».

De la forma en que se realizó el inaudito atropello, de los destrozos ocasionados, de los incidentes ocurridos, no hacemos mención alguna, puesto que nadie ignora como se perpetró el vandálico suceso, objeto de todas las conversaciones y tema sobre el que se han hecho numerosos y sabrosísimos comentarios.

Pero si debemos, por afecto al compañero maltratado, por la indignación que el suceso nos inspira y por repugnancia á la forma brutal empleada por el desequilibrado de esa multitud inconscientemente criminal, manifestar nuestra enérgica protesta interpretando los sentimientos de todas las personas cultas, que afortunadamente no escasean, y los de nosotros mismos, doloridos y apenados ante un hecho de tal repugnante naturaleza.

No podemos creer, haciendo así justicia á los huertanos, que el movimiento del sábado haya nacido espontáneamente entre ellos, creemos, como creen cuantos hemos oído opinar sobre el triste suceso, que esa bárbara actitud obedece á excitaciones ó inducciones de cobardes agitadores que encubiertos en la sombra del anónimo emplean toda clase de procedimientos para lograr la consecución de aspiraciones, que si antes eran refutables hoy han restado las pocas simpatías con que su causa contaba.

Tiene el chispazo de insubordinación del sábado dos aspectos distintos que conviene estudiarlos separadamente. Uno de ellos, el colectivo, el que á nosotros respecta, á la prensa toda, á los hombres de propaganda, es la inseguridad personal para sostener opiniones, para manifestar juicios sinceros, para exponer lo que nos inspira nuestro leal saber y entender; el otro, es social, que interesa á todos, á propietarios, industriales, abogados, comerciantes, etc., es el imperio de la fuerza bruta, la imposición de convencionalismos bastardos, el atropello de los derechos, el desenfreno de los descontentos incultos.

Uno y otro aspecto dimanar de la misma causa; causa que todos conocen, pero que por equivocados y erróneos respetos son pocos los que se atreven á señalar, y como en las actuales trágicas circunstancias, precisa realizar acto de enérgica oposición á la intrusión de los elementos perturbadores en una sociedad que merece mas respetos y más seguridades, es llegada la hora de hablar con toda claridad, sin rodeos ni subterfugios y desmasar y perseguir á los envenenadores de la corriente de paz que deben existir entre todos los elementos sociales.

Lo que ha ocurrido, hace tiempo se esperaba, si bien no tan inicua é injustificadamente como ha sucedido, se esperaba, porque desde los primeros instantes de entablar el pleito que se sostiene, se alentaba á los huertanos á realizar actos de bárbara insubordinación, induciendo indirectamente á una muchedumbre ignorante á cometer toda clase de desafueros y desmanes.

Agonías violentísimas campañas han traído estos deplorables resultados é indudablemente á los que mayor res-

ponsabilidad alcanza, es á las autoridades, que vienen encubiertamente protegiendo por improvisión ó lo que sea, la actitud de discordia que se nota tanto tiempo hace, desviando la cuestión que se ventila de su verdadero camino, sembrando la irrespetuosidad al derecho, y el motín como medio infalible de victoria.

Parece mentira, y esto dá lugar á muchos comentarios, que no se notara por ningún representante de la autoridad el movimiento sedicioso del sábado; es muy de extrañar que no llamaran la atención un grupo de mas de cien hombres que caminan en actitud solapada de hostilidad; es realmente muy chocante que en el lugar del suceso no se viera autoridad alguna hasta una hora despues de los sensibles acontecimientos.

Muy lejos de nuestro ánimo, claro está, culpar á nadie por lo ocurrido, pero es indudable que si hubiera existido la vigilancia que debe haber en una población tan cruelmente azotada por la incultura y el crimen quizá se hubiera evitado algo ó por lo menos detenido á alguno de los alborotadores, descubriendo así la trama del delito y la culpabilidad de los que hasta ahora pasean su impunidad por todas partes.

La Manifestación de ayer tarde

Desde que anteanoche hubieron de enterarse caracterizadas personas de Murcia del brutal é injusto atropello de que habia sido víctima la Redacción é Imprenta de nuestro querido colega local «El Diario» se pensó en organizar una manifestación de protesta, contra el salvaje asalto de los talleres del periódico referido.

Ayer tarde á las cuatro de la misma, se reunieron unas doscientas personas en la plaza de Santo Domingo. De allí marcharon al Gobierno, precedidos por D. Salvador Martínez Moya, don A. C. Bolari, el Conde de Roche, don Enrique Clavijo, D. Javier Fuentes, D. Pedro Parra, D. Diego Hernandez y otros muchos y caracterizados murcianos.

El Sr. Gobernador recibió á los manifestantes en su despacho. El elocuente jurista Sr. Martínez Moya, habló en nombre de los allí reunidos, protestando ante la autoridad civil del escandaloso hecho ocurrido anteanoche en una calle tan céntrica como la de la Platería, y dijo que era indispensable poner el necesario correctivo, pues de dejar pasar salvajismos tales, no se tardaría mucho tiempo de que Murcia tenga que lamentar un día de desolación y duelo.

Pidió en nombre de todos los murcianos que se nos garantice nuestras vidas, ideas y haciendas como según la vigente Constitución, tiene deber el Gobierno de hacerlo. (Muy bien, muy bien).

El Sr. Gobernador, dijo que el era el primero en lamentar el bárbaro hecho, del cual se estaba protestando.

Lamentó el estado de abandono en que se haya la guardia de orden público en Murcia, donde sólo pueden disponerse para el servicio de seis ú ocho guardias; dijo que habia ordenado la disolución de las Asociaciones agrícolas y paendido á los Presidentes.

Pidió que todos le ayuden en la campaña que piensa emprender, para capturar á los salvajes que asaltaron al «Diario de Murcia».

El Sr. Bolari, habló para decir que si algún cacique podía ser pusiera en libertad á cualquier malechor, se encarcelé al cacique como única manera de detener la seguridad personal y colectiva.

D. Salvador Martínez Moya, habló de nuevo para indicar al Sr. Gobernador, que interese de los Poderes públi-

cos, el envío de guardia civil á Murcia, para garantizar el orden.

El señor Aguado, manifestó que ya hay en esta población la suficiente guardia civil para reprimir cualquier desmán.

A las cinco y cuarto, terminó la manifestación en la puerta del «Diario», dándose vivas á Tornel y al «Diario».

La opinion del Sr. Gobernador

A continuación insertamos el telegrama que el Gobernador civil de la provincia ha remitido al Sr. Ministro de la Gobernación dando cuenta de los sucesos ocurridos.

El referido telegrama dice así:

«Los motivos que se alegan como pretexto para el atropello de anoche se supone que pueden haber sido unos sueltos, publicados por «El Diario de Murcia» en la mañana de ayer, referentes á haberse ya exportado diferentes partidas de pimiento con aceite, y otro en que se hablaba de disgustos habidos en mi despacho con el alcalde de esta ciudad, referentes al mismo asunto, cosa que no ha existido, como tampoco las supuestas exportaciones de partidas de pimiento. Y, por último, daba tambien «El Diario» la noticia de encontrarme yo en Madrid, llamado por el ministro, con motivo del mismo asunto del pimiento.

Como estas noticias eran inexactas, sin duda, y hablo en hipótesis, de aquí tomaron pie para realizar el hecho inculcable, que yo soy el primero en lamentar.

Los grupos que se dice que atropellaron la Redacción de «El Diario» no vinieron formados de la Huerta, sino que como sábado, fueron penetrando en la ciudad en pocos momentos por diferentes sitios, y sin que llamasen la atención ni aun de los mismos vigilantes de Consumos que se hallaban en los resguardos. Así, sin duda, se reunieron los treinta ó cuarenta individuos que realizaron el atropello—pues no eran más, según se va pudiendo comprobar—junto al convento de las monjas capuchinas, lugar solitario que se halla inmediato á la Redacción é imprenta de «El Diario».

En cuestión de minutos realizaron el hecho y salieron precipitadamente por el portillo de San Antonio, en número que no excedería seguramente de los 30 individuos ya mencionados.

El daño que hicieron demuestra la precipitación con que se realizó. Este se reduce á haber arrojado al suelo cinco cajas de letras; á derribar los aparatos de la luz, que cortaron en su caída una cañería de gas; á romper los cristales de las puertas de la imprenta, y en la Redacción á romper dos cristales de una puerta. Reconocido el sitio donde se dice que hicieron los tres disparos, no hay señales de los proyectiles.

El hermano del Sr. Tornel asegura que los disparos se hicieron al aire, cosa que comprueba el hecho de que las señales de dos proyectiles se encuentran en la puerta de hierro de la zapatería del Sr. Valdeol.

Está comprobado que carece de fundamento cuanto se diga sobre centenares de huertanos.

Como el hecho se realizó sin duda alguna en brevísimo tiempo, cuando la pareja de orden público de servicio en la demarcación se aperció y fué á dar conocimiento, ya habían salido escapados para la huerta los criminales.

Es preciso que conozca el señor Ministro que se ha pretendido, tanto por el Juzgado y Guardia civil, como por mí y fuerza de orden público, que se nos facilitasen algunos datos, nombres ó señas de los individuos que tomaron parte en estos sucesos, y ni en la imprenta, ni en la Redacción, ni los vecinos, ni nadie absolutamente, se ha prestado á ello.

Sim embargo, la Guardia Civil está ya sobre la pista de quienes eran los autores principales de este atropello, con los datos que yo mismo la he facilitado.

En la ciudad y fuera de ella reina tranquilidad y los vecinos se hallan entregados á sus habituales ocupaciones. Juzgue la opinión imparcial el sentido de este telegrama.

En su texto, se desvirtua la verdad, se falsean los hechos, se quita impor-

taucia á lo sucedido, se pretende demostrar, en fin, que no debe el Gobierno preocuparse de estos acontecimientos hijos de la excitación reinante.

Antes que confesar la improvisión, el desacierto se recurre á estos medios de vindicación vergonzosa; sentimos decirlo, pero á fuer de sinceros debemos confesar, que el Sr. Aguado se ha hecho incompatible con el mando de la provincia. Despues de todos estos errores lo únicamente procedente es presentar la dimisión del cargo.

OTRA PROTESTA

Esta mañana hemos recibido la visita de una comisión de huertanos, que en nombre de varios partidos rurales de la vega, venían á hacer testimonio de su enérgica protesta por el suceso del sábado, manifestando que están esos «falsos» huertanos completamente desautorizados para representar la huerta.

Con gusto hemos oído estas manifestaciones, que prueban una vez más que los malhechoras eran gentes mercenarias reunidas con el solo objeto de producir alborotos.

Turbas y desmanes

Estábamos bien extrañados á lo sucedido; por nadie se sospechaba que la osadía de algunos hombres en tales términos se desbordase. Como hasta ahora la sensatez y el orden habían sobresalido y distinguidos por todo en la resolución de un problema de capitalísima importancia para los intereses locales, cuando hemos conocido el hecho que nos mueve á escribir estas líneas, la indignación y protesta juntas han aparecido súbitamente como primer testimonio de nuestro reproche contra los alborotadores. Y nuestra pluma quisiera ser brillante, nuestros párrafos de estilo robusto, para que la protesta que firmamos no desmereciera comparada con las notables que ya se han oído. Pero nosotros modestos y desprovistos de lucidez en el pensar y decir, no podemos ser magistrales de forma en nuestra protesta, en el fondo henchida de sencillez y sinceridad nuestra censura algo significará: que para los atropellados las palabras de consuelo de grandes y chicos, de elevados y humildes iguales efectos producirán; las considerarán como demostración de la utánime protesta que ha originado el vergonzoso atropello que todos condenamos.

El salvajismo cunde; ha vuelto á imperar la fuerza y el desorden: las turbas engreidas en sus pasiones, borrachas de desesperación y rabia han levantado sus puños y encontrado víctimas en nobles y honrados periodistas que en todos casos han colocado su pluma al lado de los que hoy son sus verdugos y atropelladores. ¿Para qué hablar de derechos individuales, para qué mentar la seguridad personal, para qué invocar de continuo la Constitución como escudo para los derechos del ciudadano, para qué decir que tenemos códigos que castigan á varios desdichados en momentos de obcecación dan al traste con la tranquilidad, la vida y la propiedad de los ciudadanos? Cosa corriente, fenómeno comprensible si consideramos los gobiernos que nos han desgobernado durante un periodo extenso de tiempo. Ineptitud, ignorancia debilidad arriba; correspondencia cerrada abajo de desaciertos y actos vergonzosos ¡Ejemplo sublime de gobierno monárquico y liberal el que ahora tenemos! De triste recuerdo, nacido al amparo de la revolución de Septiembre comenzó con traiciones y lleva como pesada reconvección caída tras caída, humillación tras humillación. ¿Donde irá con sus liberales artes de gobierno? A la ruina y al descrédito; porque como dice un publicista francés, Villauré «Cuando un gobierno está corrompido, es pueril preguntar cuando caerá; el fruto maduro cae al más ligero céfiro, aunque antes haya resistido los embates de la tempestad». Hechos como el que condenamos tienen su nacimiento arriba; las impresiones y olvidos son de ordinario cubiertas con víctimas inocentes.

Han recurrido á la violencia, han apelado al atropello, han arrollado á trabajadores de la pluma. A esas multitudes inconscientes hay quienes pretenden reconocerles derechos, quienes les manifiestan que siendo justa la causa que patrocinan con la constancia triunfarán. No sabemos si compadecer á los que tales predicán ó señalarlos, para que en los acontecimientos que pudieran presentarse exigirlas responsabilidades por sus actos y predicaciones.

Por equitativas que sean las cuestiones que quieren hacerse colocar como beneficiosas, con argumentos de palos y revolvers nada se logra; podrá imponerse el temor al principio, pero los gritos de los desesperados son vencidos por la fuerza de los sensatos y prudentes. Mala dirección han tomado esos propagandistas de la fuerza bruta. ¿En qué derecho van á sostenerse? ¿A qué autoridad van á reclamar el resguardo de sus asociaciones si comienzan por arrollar derechos y vulnerar principios? Solos, van á ser olvidados por sus desórdenes y atropellos; van á matarse con sus exaltaciones. ¿Serán ellos los que han pensado y ejecutado el bárbaro atropello? ¡Quién sabe! Está tan arraigada la cizaña del cacique, está tan predominante la baja política, está tan omnipotente el mandato del mufidor caciquil que á nuestra mente aparece la presencia de esa vibora que araña la tierra y confunde y aniquila obras redentoras, labores significadas por fines favorables, por efectos ventajosos.

¿Que atropello tan inaudito! ¡Que educación é instrucción la de algunos elementos sociales! Por eso que hablar de derechos para personas que no distinguen su personalidad resulta bochornoso. Así en tropel, todos juntos ¡hermosa hazaña! se penetra en una imprenta, se rompe todo, se apalea á indefensos hombres y despues en mitin por boca de algunos de los que siempre hablan, se dice que hay que acudir á los Poderes públicos con respeto con orden para obtener lo que es de justicia, según pregonan. ¡Callad, turbas! que los derechos de petición y reunión son para seres civilizados y libres, no para individuos que esgrimen la cayada y disparan el revolver para imponerse.

El atropello de que ha sido objeto el Sr. Martínez Tornel, servirá para hacer más grande y respetada su simpática persona si la consideración de todos por sus notables campañas no la tuviese conquistada; las personas del carácter del Sr. Martínez Tornel, no se intimidan por estos ataques, que dispuestos á luchar por la verdad, ya sale el maestro de periodistas, que como ha dicho un gran luchador ya muerto, el gran Zola «La verdad está en marcha» y acabará por triunfar, siendo su victoria aplaudida por los buenos y honrados.

¿Qué diremos de esas turbas que tal atropello cometieron? Nada mejor que reproducir las siguientes palabras del literato español, Luis Bonafonx, que encajan á la perfección para expresar nuestro juicio: «La multitud es en todas partes algo así como un gran animal que pasa berreado sin darse cuenta de por qué berrea. Si la consigna es inusual, la multitud berrea; inusual si la consigna es ¡viva!, la multitud berrea ¡viva! Es un rebaño de carneros, que dan rugidos de león con las gargantas eronquecidas por el ajenjo, por el aguardiente, por el brandy ó por la ginebra. El verdadero pueblo no vocea cuando se lo manda un idolo, sino cuando se lo dicta la propia conciencia. El verdadero pueblo no va la manada á bailar al son que le tocan.»

Y cerramos estas líneas cubiertos de amargas reflexiones; porque pensamos que con pueblos de esta idiosincrasia y costumbres, vamos conducidos fatalmente ó á un Cavite vergonzoso ó á un desequilibrio alarmante que termine de deshacernos, de desbaratarlos por nuestras vergonzosas y descabrosas.

Cipriano Martínez Parra.

RÁPIDA

Despues del bárbaro atropello de que ha sido víctima el patriarca de la prensa murciana, el defensor incansable de los derechos legítimos de la huerta, el que levantó su voz en